

towski rey de Polonia en el catálogo de los protectores iniciados. En efecto este rey, para quien la filosofía fué tan funesta, trató á los filósofos en Paris y rindió homenaje á su xefe, escribiéndole: »Mr. de Voltaire, todos los contemporáneos de un hombre, como sois Vos, que saben leer, que han viajado y que no os han tratado, deben considerarse infelices. Ya os es permitido decir: *las naciones harán rogativas para que los reyes me lean* (x).» Hoy que el rey Poniatowski ya las ha habido con aquellos hombres, que como él, habian leído á Voltaire, le celabran y ensayaron en Polonia la revolucion francesa; hoy en que él es victima de esta misma revolucion; que ha visto rompersele el cetro entre sus manos, á causa de los resultados de la misma revolucion, es muy regular que haga rogativas por otras cosas bien diferentes. No dudo que desearia él, que las naciones nunca hubiesen conocido á Voltaire, y que los reyes, en especial, nunca lo hubiesen leído. Pero los tiempos que anunciaba d'Alembert, y que él mismo habria querido ver, han llegado, sin que los reyes protectores hayan sabido preveerlos. Quando las desgracias de la religion recaen sobre ellos, que lean muchas veces estos votos de d'Alembert, que en su estilo, muchas veces baxo y vulgar, manifestó á Voltaire: »Vuestro ilustre y antiguo protector (el rey de Prusia) ha empezado el vavén; el rey de Suecia lo ha continuado; Catalina imita los dos, y puede ser que haga algo mas. Yo reiría mucho si viese, en mi vida, deshilarse el rosario (y).» En efecto, el rosario se deshilo, el rey Gustavo murió asesinado: el rey Luis XVI. guillotinado; el rey Luis XVII. envenenado; el rey Poniatowski se vé destronado; el Stathouder expelido; y los iniciados hijos de d'Alembert y de su escuela, se rien, como él mismo lo habria hecho, de los reyes, que protegiendo la conspiracion del impío contra el altar, no supieron preveer la conspiracion de los hijos del impío contra los tronos.

Estas reflexiones anticipan á pesar mio, lo que tengo que

(x) Carta del 21 Febrero de 1767.

(y) Carta del 6 Setiembre de 1762.

manifestar sobre esta segunda conspiracion; pero es tal la union entre los sofistas impíos y sofistas sediciosos, que casi es imposible exponer los progresos de los unos, sin hablar de los estragos y crímenes de los otros. Son los mismos hechos, que intimamente enlazados, nos precisan á darles á los monarcas protectores unas instrucciones, que son las mas interesantes de quantas han dado las historias hasta nuestros tiempos. No concluiré este capítulo, sin observar, que entre los reyes del Norte cuya proteccion fué tan gloriosa para los sofistas, nunca leemos se haga mencion del rey de Inglaterra. Este silencio que guardan los conjurados, equivale á los mayores elogios. Si los sofistas hubiesen tenido necesidad de un rey amado de sus vasallos, y digno de serlo, de un rey bueno, justo, sensible, bienhechor, zeloso de conservar la libertad de las leyes: y la felicidad de su imperio, Jorge III. habria sido su Antonino, su Marco Aurelio, su Salomon del Norte. Pero descubrieron, que era demasiado sábio para confederarse con unos viles conjurados, que no conocen mas méritos que la impiedad. Y he aqui la verdadera causa de su silencio. Es de mucho honor para un príncipe no representar algun papel en la historia de sus conspiraciones, quando la de la revolucion lo representa tan activo para atajar los desastres, tan grande y generoso en la compasion y consuelo de sus víctimas. En quanto á los reyes del medio dia (España y Portugal), la historia les hará la justicia de hacer saber á toda la posteridad, que los sofistas en lugar de contarlos entre sus iniciados, se quejaban amargamente al contemplarles tan distantes del filosofismo.

CAPITULO XIII.

Segunda clase de protectores. Príncipes y princesas iniciados.

En esta segunda clase de iniciados protectores comprenderé á los que, sin hallarse sobre el trono, gozan de un poder sobre el pueblo, casi igual al de los reyes, y cuya autoridad y exemplo unidos á los medios de los conjurados,

les hacían confiar de que no había jurado en vano destruir la religion cristiana.

Federico Land-grave de Hesse-Cassel.

La correspondencia de Voltaire nos manifiesta con mucha particularidad, en esta segunda clase de protectores, al Land-grave de Hesse-Cassel. El cuidado con que d'Alembert había buscado para este príncipe un profesor de historia, qual ya le he descrito, bastaria para manifestar, quanto abusaron de su confianza. Esta quedó bien engañada, particularmente la que su alteza hizo de la filosofia y luces de Voltaire: pues tuvo que sufrir en cierta manera, que el xefe de los sofistas dirigiese sus estudios; y ya se ve, que con dificultad podia fiarse de un hombre mas pérfido. Una carta basta para manifestarnos el manantial, al qual embió Voltaire á su augusto discipulo para tomar liciones de sabiduria. "Vuesa alteza serenísima, escribia este maestro seductor, me parece que tiene deseos de ver los libros modernos que son dignos de vuesa alteza. Se ha dexado ver uno intitulado: *le Recueil necessaire* (la coleccion necesaria). Entre varias cosas contiene una obra de milord Bolimbroke, que me parece, es lo mas fuerte, que jamás se ha escrito contra la supersticion. Creo que se halla en Francfort; pero yo tengo un exemplar á la rústica, y se lo embiaré si desea verlo (a)." ¿Que liciones presenta esta coleccion á un príncipe que tiene verdaderos deseos de instruirse! ¿El solo nombre Bolimbroke no manifiesta lo bastante que aquella coleccion se ordena á pervertir la religion, sabiendo por otra parte, que el mismo Voltaire publicó baxo este nombre escritos aun mas impíos, que los del filósofo inglés, y que el mismo era el autor de muchos, que contenia la misma coleccion?

El Land-grave reducido á sí solo para resolver las dudas que le excitaba estos escritos, y por desgracia preocupado contra los que le habian podido ayudar á resolverlas, se entre-

(a) Carta de Voltaire del 25 Agosto de 1766.

gó del todo á estas liciones, que le parecían de la verdad, y de la mas sublime filosofia. Quando podia recibirlas de la misma boca de Voltaire era tal su ilusion, que su alteza se jactaba, y creía ingenuamente, que había hallado el medio verdadero para elevarse sobre el vulgo. Sentía mucho una ausencia, que le privaba de las instrucciones de su maestro; creía que le debía muchas obligaciones, y por esto le escribió: "Me he ido de Ferney con mucho sentimiento... estoy muy satisfecho de que esteis contento de mi modo de pensar; procuro desprenderme, quanto es posible, de preocupaciones; y si con esto mi modo de pensar es diferente del vulgo, lo debo unicamente á las conferencias, que con vos he tenido, y á vuestros escritos (b)." Para dar algunas pruebas de los progresos que hacia el ilustre iniciado en la escuela de la filosofia, le pareció que debía dar noticia de sus nuevos descubrimientos los que él miraba como objeciones muy serias contra la autenticidad de los libros sagrados. "He hecho, decia á Voltaire, de algun tiempo á esta parte, algunas reflexiones sobre Moyses y sobre algunos historiadores del nuevo testamento, y me parece que son muy justas. ¿No hay motivo para pensar, que Moyses fue un bastardo de la hija de Faraon, que esta princesa dió á criar? No es creible que una hija del Rey hubiese tenido tanto cuidado de un niño israelita, cuya nacion era tan aborrecida de los egipcios (c)."

Muy facil le era á Voltaire disipar esta duda, haciendo observar á su discipulo, que calumniaba sin motivo alguno á un sexò bienechor, sensible é inclinado á enternecerse, contemplando la suerte de un niño expuesto á aquel peligro; y que muchísimas otras mugeres harian lo mismo que la hija de Faraon; y aun lo harian por lo mismo, y con mayor cuidado si el odio nacional aumentase la desgracia del expósito. Si Voltaire hubiese tenido intencion de ilustrar á su discipulo, y darle reglas de una crítica sana, le habria hecho observar, que en lugar de un hecho muy sencillo y natural; su alteza imagina-

(b) Carta del 9 Setiembre de 1766.

(c) Carta 66.

ba otro, que es verdaderamente increíble. Una princesa que quiere dar á su hijo una educacion brillante, y que empieza con exponerle al peligro de sumergirlo, para tener el placer de irlo á buscar y de hallarlo en el parage convenido, á la orilla del Nilo; una princesa egipcia, que ama á su hijo que sabe el odio que tienen los de esta nacion á los israelitas, y que lo da á criar á una israelita, da á entender que cree que el niño es de esta nacion, que ella detesta, y asi lo da á entender á los mismos egipcios, para hacer odioso y detestable este niño, y lo que parece un misterio aun mas incomprehensible es, que quando este niño llega á ser hombre es el mas terrible para los egipcios, sin que haya quien descubra su origen; toda la corte de Faraon se obstina en creer que es israelita, en un tiempo, en que habria bastado decir que Moyses era Egipcio para quitarle toda la confianza de los israelitas, y librar al Egipto. He aqui muchas cosas, que Voltaire habria podido responder á su alteza el Land-grave, para manifestarle, que no es permitido á las reglas de la critica oponer á un hecho muy natural y sencillo suposiciones verdaderamente increíbles. Pero estas mismas suposiciones alimentaban el odio que Voltaire tenia á Moyses y á los libros de los cristianos. Mas estimaba él ver los progresos, que sus discipulos hacian en la incredulidad, que explicarles las reglas de una sana crítica.

Voltaire no satisfecho con dexar á su discipulo en sus ilusiones, celebraba sus desvaríos. Esto se vé quando su alteza iniciada pretendia, que la *serpiente de cobre* colocada sobre un monte *no se semejaba poco al Dios Esculapio*, quando este tenia un palo en una mano, y en la otra una serpiente, con un perro á sus pies en el templo de Epidauro; que los *querubines*, estendiendo sus alas sobre el arca *no se asemejaban poco al esfinge*, que tenia cabeza de muger, quatro garras en su cuerpo, y cola de leon; que los *doce bueyes*, que estaban debaxo el mar de cobre, y sostenian aquella grande tina, que tenia doce codos de diámetro, cinco de elevacion, y llena de agua servia para las abluciones de los israelitas, *se parecia mucho al dios Apis*, ó al buey puesto sobre un altar y mirando á todo el

Egipto debaxo sus pies (d). De estas premisas inferia el iniciado de Hesse-Cassel, que Moyses, al parecer, habia dado á los judios muchas ceremonias, que él habia tomado de los egipcios (e). Si los conjurados hubiesen sido capaces de alguna sinceridad: habrian desegañado á este pobre príncipe, que en la realidad deseaba instruirse. Mientras nos compadecemos de que el príncipe iniciado tuvo la desgracia de tener tales maestros, debemos hacerle justicia, reconociendo la ingenuidad, con que buscaba la verdad; asi dixo á Voltaire: "Por lo que toca al nuevo testamento, hay en él historias, en las quales desearia yo estar mejor instruido. La mortandad de los inocentes me parece incomprehensible. ¿Como el rey Herodes pudo hacer degollar aquellos niños, si no tenia derecho de vida y muerte, como lo descubrimos por la historia de la pasion, en la que fue Poncio Pilatos gobernador de los Romanos, que condenó á Jesu-Cristo á muerte (f)?"

Si el príncipe iniciado hubiese ido á beber en los manantiales de la historia, ó hubiese consultado qualquier otro historiador, menos el profesor que le señaló d'Alembert, ó bien algun maestro, que no hubiese sido vano sofista; él que deseaba instruirse bien, y era acreedor á este beneficio, habria visto, que la dificultad que proponia, era de muy poco momento, y facil de desvanecerse. Habría aprendido que Herodes *ascalonita* por sobre nombre el *grande*, y con mejor título el *feroz*, que mandó la matanza de los inocentes, era rey de toda la Judea y Jerusalem, no era el mismo, sino distinto de aquel Herodes, de quien habla la historia de la pasion. Habria aprendido, que este, llamado Herodes *Antipas* no pudo conseguir de los romanos mas que la tercera parte de los estados de aquel Herodes su padre; y que siendo solamente tetrarca de Galilea, no podia exercer la misma autoridad en las otras provincias: y por lo mismo no causa admiracion, que en Jerusalem no tubiese el derecho de vida y muerte, aun-

(d) *Alli mismo.*(e) *Alli mismo.*(f) *Alli mismo.*

que Pilatos le brindó á exercerlo, embiandole á Jesu-Cristo para que lo jugase, como ya ántes habia juzgado y mandado degollar á san Juan Bautista. En quanto al feróz Herodes *ascalonita*, habria aprendido el príncipe iniciado, que este Neron anticipado habia mandado matar los inocentes de Belén, como hizo matar á Aristóbulo y Hircano, el uno hermano y el otro octogenario abuelo de la reyna; como hizo matar á Mariamne su esposa y á dos de sus hijos; á Sohemo su confidente y á muchos de sus amigos, y grandes de la córte, luego que empezó á disgustarse de ellos. Teniendo noticia de tantos homicidios y de tanta tiranía, sabiendo á mas de esto, que el mismo Herodes *ascalonita*, estando próximo á la muerte y temiendo, que el dia, en que esta sucediese, lo fuese de regocijo público, mandó escerrar en el circo á todos los principales judios, con órden de que los matasen en el momento en que espiraria. Teniendo noticia, repito, de todos estos hechos incontrastables, el ilustre iniciado habria aprendido el como y porque este Herodes exercia el derecho de vida y muerte; y no le habria pasado por la cabeza, que los Evangelistas hubiesen sido capaces de inventar la matanza de los inocentes; un hecho en aquella época, en que lo escribieron, tan reciente, que debia contar con muchos judios vivos, que habian sido testiguos. Y en fin habria reflexionado, que los impostores no se exponen á que se les desmienta con tanta facilidad en público, y que todas las dificultades sobre la mortandad de los inocentes no son capaces de hacer bambolear la fé del Evangelio.

Pero él se sustentaba de las mismas objeciones, que su maestro, y leía nuestros libros sagrados con la misma intencion y espíritu; y Voltaire que habia cometido millares de errores groseros sobre éstos mismos libros, se guardaba muy bien de embiar sus discipulos á las respuestas, que le habian dado los apologistas religiosos (g). Aunque insertamos estas

(g) *Veanse con toda particularidad, les erreues de Voltaire (los errores de Voltaire), les lettres de quelques juifs portugais, (las cartas de algunos judios portugueses).*

ligeras discusiones en estas Memorias, no insertaré en ellas la amargura de las reconvençiones, que en el dia á sí mismos se hacen tantos príncipes, á quienes sedúxo el xefe de los impios; no les diremos, para no renovar su dolor: "¿Qué casta de ceguedad es esta, que os ha privado del sentido, que se os dió para evitar los peligros? Vuestro deber era leer nuestros libros religiosos, para aprender á ser mejores, y hacer mas felices á vuestros vasallos: ¿pero qué habeis hecho? Salir á la palestra con los sofistas, mancomunaros con ellos, y disputar contra Cristo y sus profetas. Si os ocurrian dudas sobre la religion ¿á que fin recurrir á unos hombres, que han jurado su perdicion? Llegará tambien para vosotros el tiempo, en que el Dios de los cristianos, cuyos derechos habeis disputado, permitirá se disputen los vuestros, y embiará vuestros pueblos, para su resolucion y definitiva á los jacobinos, cuyos precursores han sido vuestros maestros. Helos ahí; ya los teneis en vuestros estados, en vuestros palacios, dispuestos á celebrar con Voltaire, vuestros argumentos contra Cristo. Responded pues á los puñales con que impúgnan vuestros derechos, leyes y propiedades" Dexemos estas reflexiones y limitemosnos á decir con la historia, ; quan desgraciados han sido estos príncipes, que deseando instruirse, acudieron á unos hombres, que se valieron de ellos mismos para volcar los altares, mientras esperaban el momento de volcar sus tronos!

Duque de Brunswick, Luis Eugenio, y Luis Príncipe de Wirtemberg.

El historiador se verá en la precision de colocar en el catálogo de los iniciados protectores á muchos otros príncipes, cuyos estados gustan en el dia los frutos de la filosofia moderna. En el cómputo que d'Alembert presentó á Voltaire, de príncipes extrangeros, que viajaron por Francia rindiendo sus homenages á los sofistas conjurados, celebra al Duque de Brunswick como que merecia ser festejados, debiendosele este obsequio principalmente por su oposicion al príncipe de dos Puentes, que no protegía sino á *Frerón y otra canalla*, que

es decir; los escritores religiosos (h). El ejército de los jacobinos demuestra en el día, qual de estos dos príncipes fue el que mas se engañó con su proteccion. Aun lo descubriremos mejor en estas Memorias, quando llegemos á descubrir la última y mas profunda conspiracion del jacobinismo.

A este Duque de Brunswick añadimos Luis Eugenio Duque de Wirtemberg y Luis príncipe de Wittemberg. Ambos celebran igualmente las instituciones de Voltaire. El primero escribió al segundo: *Desde que me hallo en Ferney me contemplo mas filósofo que Sócrates* (i). El segundo añadía á los elogios del filósofo, la demanda del libro mas licencioso é impío, que Voltaire ha escrito, que es el poema de Juana de Arc, ó la *Poncela de Orleáns*.

Carlos Teodoro Elector Palatino,

Ya pedía al xefe de los impíos la misma obra maestra de obscenidades, ya las mismas instrucciones filosóficas, y ya le rogaba encarecidamente que pasase á Manheim para tenerle en mejor situacion para oír sus nuevas liciones (k).

Princesa de Anhalt Zerbst.

Las iniciadas debían cerrar los ojos á causa del pudor, y cubrir sus rostros con el rubor de la vergüenza, solo al oír nombrar la *Poncela de Orleáns*; pero la princesa de Anhalt Zerbst no solo no desechó, sino que agradeció á su autor la desvergüenza de hacerla un regalo digno del Aretino (l). No es justo que el historiador ignore las diligencias, que las grandes iniciadas practicaban para lograr un exemplar de un escrito tan obsceno; pues verá el atractivo que la corrupcion de costumbres comunicaba á las instrucciones de los conjurados. Sabiendo esto, ya no se admirará al ver el gran número que los sofistas seducían; pues ello es cierto, que las instrucciones

(h) Carta del 23 Junio de 1766.

(i) Carta del 1 Febrero de 1766.

(k) Carta del 1 Mayo de 1754, y la carta 38 del año 1762.

(l) Carta 9 y 39 de la princesa de Anhalt á Voltaire.

que empiezan por la corrupcion y perversion del corazon, tienen mucho ascendiente sobre el espíritu. Esta reflexion la presento, muy á pesar mio; pero tiene sobrada conextion con la historia del filosofismo, con la conspiracion anti-cristiana, y con las causas de sus progresos para omitirla. Sé respetar los personajes de una gerarquía elevada: pero no sé sacrificarles la verdad. Si les parece mal recordar lo que los cubre de ignominia, den la culpa á sus manejos y correspondencia con los conjurados, que se halla en los impresos, que lee toda la Europa. El mal estaria en ocultar lo que tanto les interesa á sus pueblos, á sus tronos y á los altares.

Guillermina Margrave de Bareith.

Su Alteza Guillermina Margrave de Bareith, en la misma clase de iniciadas protectoras, ofrece al historiador un nuevo motivo para desenvolver los progresos de los sofistas anti-cristianos; pues fué una señora que aumentó la vanidad de la escuela de los conjurados y les alargó toda su proteccion para distinguirse del vulgo con esta superioridad de luces. Ello es cierto, que no á todos se ha repartido la facultad de discurrir, con igual acierto, sobre los objetos religiosos ó filosóficos. Sin faltar al respeto que debemos á la preciosa mitad del género humano, creo, que podemos decir, que por lo comun las mugeres no son tan á propósito para exercitar su espíritu sobre los mismos objetos, que el filósofo, el metafísico y el teólogo. La naturaléza recompensa en ellas la falta de profundidad en los conocimientos y meditaciones con el arte de adornar la virtud y con la dulzura y vivacidad del sentimiento, que algunas veces es una guia mas segura, que los raciocinios. Ellas lo que deben hacer, lo hacen mejor que los hombres. Los hogares y sus hijos son su verdadero imperio, y las instrucciones que dan acompañadas con el exemplo, valen mas, muchas veces, que nuestros silogismos. Pero una muger filósofa con la filosofia del hombre es un prodigio, es un fenómeno, y muy raro. La hija de Necker, la muger de Roland, como las demas de Deffant, las Despinasse, las

Geofrin y muchas otras iniciadas de Paris, á pesar de todas sus pretenciones al bello espíritu, no tienen derecho para que se las exceptúe de la regla general. Si el lector se resiente al ver puesta al mismo nivel á Guillermina Margrave de Bareith, que dé la culpa al que la inspiró las mismas pretenciones. Fórmese juicio sobre sus maestros, por el tono con que les habla, y que la prometian sus aprobaciones.

He aquí un rasgo del estilo de esta ilustrada, que remeda los principios y chanzas de Voltaire para captar sus votos á costa de S. Pablo. Dice así: *» Sor Guillermina á Fray Voltaire, salud. He recibido vuestra carta consolatoria, os juro (lo que es en mi gran juramento) que me ha edificado infinitas veces mas, que la de S. Pablo á la dama Electa. Esta carta me causaba un cierto sopor, que equivale al opio, y me impedía descubrir las bellezas. La vuestra ha causado un efecto contrario, me ha sacado del letargo y ha buuelto á poner en movimiento mis espíritus vitales (m).* No sabemos que haya carta alguna de S. Pablo á la dama Electa. Sor Guillermina traduciendo á lo burlesco, como Voltaire, lo que ha leído, y aun lo que no ha leído, quiere hablar de la carta de S. Juan á Electa. Pero esta carta no contiene otra expresion de obsequio, que la de un Apostol, que elogia la piedad de una madre que instruye á sus hijos en las sendas de la salud, exórtándola á la claridad, advirtiéndola que evite los discursos y escuela de los seductores. Es muy sensible que estas instrucciones de S. Juan hagan en Sor Guillermina los efectos del opio. Tal vez Voltaire habria hallado una buena dosis de este narcótico en la carta siguiente, si hubiese venido de otra parte que de la fingida monja iniciada. Sin embargo la copiaremos, como que hace época en los anales filosóficos. En ella se verá á una hembra iniciada, que da liciones de filosofía al mismo Voltaire, previniendo á Helvecio, y que á fuerza de su ingenio, sin advertirlo, copia á Epicureo. Sor Guillermina, ántes de darle estas liciones, le asegura la amistad del Margrave, y le pide el espíritu de

(m) Carta del 25 Diciembre de 1755.

Bayle (n), que ella en cierta ocasion pensó, que lo habia hallado entero, y con este motivo escribió á *fray Voltaire*: *» Dios, decís vos en el poema de la ley natural, ha dado á todos los hombres la justicia y la conciencia, para manifestarles, que les habia dado quanto les era necesario. Habiendo dado Dios al hombre la justicia y la conciencia, se sigue, que estas dos virtudes son innatas al hombre y por lo mismo un atributo de su ser. Se sigue pues necesariamente, que el hombre ha de obrar en consecuencia, y que no es capaz de ser justo, ni injusto, ni sentir remordimientos, no pudiendo resistir á un instinto unido á su esencia. Pero la experiencia demuestra lo contrario. Si la justicia fuese un atributo de nuestro ser, no habia trampas legales en los pleitos, vuestros consejeros del parlamento no se entretendrian en inquietar la Francia por un pedazo de pan concedido ó negado. Los Jesuitas y Jansenitas confesarían su ignorancia, tratando de doctrina. . . las virtudes solo son accidentales. . . La aversion á las penas y el amor del placer han inclinado el hombre á ser justo; la inquietud no puede producir sino penas; el sosiego es la madre del placer. He estudiado con mucho cuidado el corazon humano; formo juicio sobre lo sucedido por lo que veo (o).*

Hay una comedia que tiene por título: *La teologia en la rueca*; esta carta de su alteza Margrave de Bareith, transformada en Sor Guillermina, podrá ser, que algun dia suministre la misma idea para la filosofía. Dejando á los Molieres del dia el cuidado de divertirse á costa de los Sócrates hembras, el historiador sacará de los errores de Guillermina de Bareith una instruccion mas seria sobre los progresos de la filosofía anti-cristiana. Descubrirá una nueva causa en los humillantes límites del espíritu humano, y en la vanidad de estas pretenciones, que en ciertas iniciadas, parece, que se extienden tanto como los motivos, que realmente, tienen para la humildad y modestia en la debilidad de su entendimiento. Sor

(n) Carta del 19 Julio de 1759.

(o) Carta del 11 Noviembre de 179.

Gullermina teme perder la libertad, si es verdad que Dios ha puesto en el hombre la conciencia, y el sentimiento necesario, para distinguir entre lo justo é injusto. No sabe esta iniciada, que el hombre, con los ojos, que Dios le ha dado para ver y distinguir sus rumbos, no dexa de ser libre, para escoger el que mas le acomoda. Dice, que ha hecho un estudio particular del corazon humano; y no ha leído en este corazon, que el hombre ve muchas veces lo mejor, y hace lo peor. Imagina hallarse en la escuela de Sócrates, y al lado de Epicuro, pues no descubre mas que la *aversión á las penas*, y el *amor del placer* por principio de la justicia y las virtudes. Nos dice, sin que lo sepa, y sin que lo advierta, que si aun hay trampas legales, que si nuestros procuradores no aborrecen, como deben, la indigencia, y que si nuestras vestales no todas son castas, es porque tienen poco amor al placer; y es preciso que á su presencia los parlamentos, los Jesuitas, los Jansenistas, y aun toda la Sorbona con toda la teología confiesen su ignorancia *tratando de doctrina*. Seria excesiva esta satisfaccion, si *sor Gullermina* no fuese monja del instituto del Patriarca *fray Voltaire*.

Federico Guillermo príncipe real de Prusia.

Con la poca confianza en sus luces y con el conocimiento de no atenerse á las que podria suministrarle su natural, se nos representa como un iniciado de otra especie. Infatigable en los campos de la victoria, no se atrevia á responder por sí mismo; sabia lo que queria creer, aunque no sabia lo que debia creer, y temió perderse entre los racionios. Su alma, toda su alma le decia, y clamaba que debia ser inmortal: pero temia que esta voz le engañase, y se vió precisado á acudir á Voltaire para que le evitase el trabajo de decidirse por sí mismo. Para coronarse con los laureles de Marte, de nadie necesitaba, confiaba de sí mismo, y fué un héroe en la actividad: pero para resolverse sobre la suerte que le esperaba en el otro mundo, usó de toda la modestia y humildad de un discípulo, y aun se abandonó á la dexadéz de un céptico. Necesitó de un maestro, que con su autoridad le excusase la molestia, que causan las investiga-

ciones; y este maestro fue Voltaire. „ Ya que me he tomado „ la libertad (escribia este iniciado) de entrar en conversacion „ con vos, permitidme que os pregunte para mi instruccion, „ si adelantando en edad no os parece si tendreis algo que „ mudar en vuestras ideas sobre la naturaleza del alma.... „ No me acomoda enredarme en racionios metafísicos: Pero „ desearia en morir del todo, y que un génio como el vuestro „ no fuese aniquilado (p).” Voltaire que tenia la habilidad de saber representar qualquier papel, respondió: „ La familia „ del Rey de Prusia tiene razon para no querer, que su alma „ sea aniquilada. Es verdad que no se sabe muy bien lo que „ es el alma y nadie jamas la ha visto. Lo que sabemos es, „ que el Señor eterno de la naturaleza nos ha dado la facultad de sentir y conocer la virtud. No está demostrado que „ esta facultad viva despues de nuestra muerte; pero tampoco „ lo contrario está mas demostrado, y solo los charlatanes blasonan, de que están seguros. Nada sabemos de los primeros „ principios..... Es cierto que la duda es muy desagradable; „ pero la seguridad es un estado ridículo (q).”

No sé que impresion hizo esta carta en el serenísimo y respetuoso discípulo; pero á lo menos se descubre, que el xefe de los conjurados sabia variar el mando, que exercia sobre los príncipes iniciados, del mismo modo que sobre los vecinos de Harlem. Quando el Rey Federico le escribió resueltamente: *que el hombre muere, y que todo se acabó*, se guardó muy bien Voltaire de decirle: *que la seguridad es un estado ridículo*; y *que solo los charlatanes blasonan de estar seguros*, pues Federico Rey de Prusia fue siempre el primero de los reyes filósofos (r). Y quando, pocos dias despues, el príncipe real le preguntó, si podia estar seguro sobre la inmortalidad de su alma, acudió, á pesar de todas las inquietudes del cepticismo, á las dudas del mismo septicismo, que proponia como el solo estado racional de los verdaderos filósofos. Esto le bastó pa-

(p) Carta del 12 de Noviembre de 1770.

(q) Carta del 28 Noviembre de 1770.

(r) Cartas del 31 Octubre y 21 Noviembre de 1770.

ra saber que su discípulo no profesaba la religion cristiana; á este estado le queria reducir, para asegurarse de su conquista. Voltaire con la admiracion que causaba, y con los elogios que prodigaba, disponia del rey materialista, aunque este fuese tenaz en su opinion, y aquel no supiese á que atenerse. Fué objeto de admiracion para Eugenio de Wirtemberg, que en todo pensaba como su maestro. Permitted á Guillermina de Ba-reith que disputase, porque la consideró mas atrevida que él. Con Federico Guillermo hizo el grave, el resuelto, y le amenazó con tenerlo por *ridículo y charlatan* si creyese, que el alma es inmortal. Á aquel le propuso ciertos principios; y á este le dixo: nada sabemos de los primeros principios. Á pesar de todo esto, Voltaire fué el ídolo de estos príncipes, que se declaraban protectores de su persona, escuela y conjuracion. Tal era la satisfaccion de este impío, con todas sus contradicciones y desatinos, que escribió á su querido el Conde de d'Argental: *En el día no hay siquiera un príncipe alemán, que no sea filósofo (s)*. Ya se ve que hallaba de la filosofía de la incredulidad. Y aunque aquella proposicion no fuese tan generalmente verdadera, que no tuviese sus excepciones, á lo menos manifestó la satisfaccion que tenían los corifeos de la impiedad, creyendo que podían celebrar sus progresos, contando con tantos príncipes y soberanos, á quienes algun día la conjuracion precipitaria de sus tronos.

CAPITULO XIV.

Tercera clase de iniciados protectores, Ministros, Grandes señores y Magistrados.

En Francia fué, en donde el filosofismo tomó todas las formas de una verdadera conspiracion. Tambien fué en Francia, en donde la clase de los ciudadanos ricos ó poderosos, aumentando el éxito de la misma conspiracion: pronosticó de un

(s) Carta del 26 Setiembre de 1766.

modo más particular sus triunfos y estragos. No pudieron gloriarse los conjurados de ver á la impiedad sentada y sobre el trono de los Borbones como lo estaba sobre muchos tronos del norte: pero (no lo puede disimular la historia) Luis XV. sin ser impío y sin que lo puedan contar en el número de los iniciados, fue una de las grandes causas de los progresos de la conjuracion anti-cristiana. No tuvo la desgracia de perder la fe, y se debe decir, que amó la religion: pero en los últimos treinta y cinco años de su vida, esta misma fé estaba tan muerta en su corazon, y era tan poco activa; la disolucion de sus costumbres, la publicidad de sus escándolos, el triunfo de sus cortesanas correspondian tan poco al título de Rey cristianísimo, que casi habria sido lo mismo, si hubiese profesado el mahometismo. Los soberanos no saben lo bastante el daño que les causa la apostasia en las costumbres. No quieren perder la religion, que saben, que es un freno para sus vasallos; Desgraciados los que no la ven baxo otro punto de vista! Bien pueden hacer conservando los dogmas en el corazon; pero es el exemplo el que la ha de mantener. Despues del de los sacerdotes, es principalmente el exemplo de los reyes, el que contiene á los pueblos. Quando la religion no es para los reyes y gobiernos mas que un negocio de estado, presto lo conoce, y la desprecia hasta lo mas vil del populacho; pues mira la religion como una arma, de que usa la potestad contra los subditos; y si la mira como arma, tarde ó temprano la rompe, y entonces el rey y el estado son nada. Si el que gobierna pretende vanamente creer en la religion, sin tener sus costumbres, el pueblo tambien creerá, que es religioso, aunque no tenga costumbres. ¿Y quantas veces se ha dicho? ¿Qué son y de que sirven las leyes sin costumbres? Por precision ha de llegar un tiempo, en que el pueblo mas consiguiente, que el gobierno abandonará las costumbres y el dogma, y quando esto suceda, en qué parará el gobierno? Los oradores cristianos repitieron con mucha frecuencia estas liciones á Luis XV. pero inútilmente. Luis XV. sin costumbres, colocó á su lado ministros sin fé, que le habrian engañado mucho menos, si su amor á la religion lo hubiese